

BOLETÍN N.º 16. MAYO, 2013

1

RODRÍGUEZ ADRADOS Y BIZANCIO: UNA RELACIÓN TORMENTOSA

A propósito de Francisco Rodríguez Adrados, El río de la literatura. De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes, *Ariel 2013*

por Juan Signes

El nuevo libro de Francisco Rodríguez Adrados (en adelante, R.A.), uno de los decanos de la Filología Griega en España y reciente Premio nacional de las letras, acaba de aparecer publicado en el 2013 y ha recibido ya, como suele, abundante eco mediático. Es esta circunstancia la que me lleva a hacer una reseña de la corta sección que en él dedica a la literatura bizantina (pp. 513-524).

Vaya por delante que lo que se critica al autor no es la falta de empatía o incluso la aversión que siente hacia Bizancio y su cultura, actitudes sin duda perfectamente legítimas, sino la falta de argumentos y conocimientos con los que realiza su exposición. Ya hubiéramos querido, por ejemplo, que R.A. hubiera emprendido una cruzada contra Bizancio como la que llevó a cabo el

ilustrado Edward Gibbon en el siglo XVIII, que trazó un cuadro vibrante de la decadencia milenaria del imperio que se ha convertido en un clásico de la literatura inglesa: *Decline and Fall of the Roman Empire*.[1] Un proceder como el de Gibbon sirvió al menos de acicate a muchos lectores para acercarse a Bizancio y comprobar la veracidad de las invectivas del autor. Nada hay de esto en R.A., que se acerca al tema de manera lateral y con evidente desgana, para trazar un panorama rápido y confuso, lleno de errores factuales graves y de prejuicios no argumentados, que ahora mismo pasaré a comentar. Grandes divulgadores, con escaso conocimiento directo de Bizancio, como Isaac Asimov, han sabido al menos construir un relato breve y coherente de los hechos, por más que fuera inexacto.

Entremos ya en detalles. En un libro destinado a trazar la continuidad de los modelos literarios desde la Antigüedad hasta principios del siglo XVII parecía obligado dedicar un capítulo a Bizancio, ya que, sin Bizancio, no tendríamos hoy los textos clásicos griegos que son la base de la Filología Griega: los bizantinos siguieron copiando, estudiando e imitando los modelos clásicos durante mil años y, desde finales del siglo XIV, los transmitieron a Occidente, donde todo ese legado se había perdido – salvo algunas, escasas, traducciones latinas de traducciones árabes que llegaron a Francia desde Al-Andalus. R.A. menciona ciertamente al final del capítulo que Bizancio «contribuyó a la evolución, más libre, del propio Occidente al que, *tras* la ocupación turca, *envió* sus libros más antiguos, griegos y *romanos*, y a sus filólogos y sabios» (p. 524). La frase es incorrecta en varios puntos, porque la llegada de los humanistas bizantinos a Italia *precede* la toma de Constantinopla en 1453 (el caso de Demetrio Cidones y Manuel Crisoloras); porque Bizancio no *envió* sus libros, sino que fueron humanistas italianos (y algún bizantino

[1] Una nueva traducción española ha sido publicada recientemente por la editorial Atalanta: *Decadencia y caída del Imperio Romano,* Gerona 2012.

asentado ya en tierras italianas, como el cardenal Besarión) los que adquirieron los manuscritos de los clásicos griegos y los llevaron a Occidente; y porque el único libro *romano* (?) que Bizancio *envió* (esta vez sí) a Occidente fue una copia del *Digesto* de Justiniano (en latín), fechada en el mismo siglo VI, que llegó a Amalfi, probablemente desde Constantinopla, en el siglo X. Pero no son estos errores factuales los que importan (prácticamente cada frase del capítulo los tiene), sino el hecho de que esta apreciación positiva del papel de Bizancio frente a Occidente (de hecho, lo único positivo que dice R.A. del imperio de Oriente en el capítulo que le dedica), entra en abierta contradicción con la apreciación que de la literatura bizantina hace el autor en las páginas previas. En efecto, justo encima de estas líneas, escribe R.A.:

> «La literatura, salvo la novelística y la escapista, que hemos visto, no estaba en su centro.[2] En su centro estaban la religión ortodoxa con sus esplendentes liturgias ya religiosas ya imperiales, sus fastuosos edificios y fiestas, sus pinturas y mosaicos. Y el estadio, con su competición entre bandos que eran casi políticos.» (p. 524)

Para el autor, por lo tanto, la literatura bizantina se ha reducido a la novela y la literatura de evasión: el resto, obviamente R.A. piensa en los géneros clásicos, es quizás para él *quantité négligeable*. Enseguida veremos cómo ha juzgado esta producción en las páginas previas (junto con el resto de la producción escrita bizantina), pero extraigamos de momento una conclusión: si esto es así, si los bizantinos no se interesaban por la literatura clásica, por la épica, por la oratoria, por el teatro, por la poesía, ¿a qué extraña circunstancia se puede deber que copiaran celosamente las obras de Homero, Demóstenes, Eurípides o Píndaro? R.A. no explica esta paradoja (probablemente no reparó en ella), y en cualquier caso, no menciona en su exposición la copia y

[2] R.A. quiere decir que no estaba en "el centro del interés" de los bizantinos.

preservación de los clásicos griegos en Bizancio, la circunstancia que habría debido justificar la confección de un capítulo a la literatura bizantina en su libro. Resulta hoy evidente que los bizantinos no copiaron los textos por pura rutina y costumbre, pero sin entenderlos y apreciarlos: el viejo modelo de monjes-copistas que no saben qué se traen entre manos, tan extendido entre el gran público. Como cualquier bizantinista sabe, esta idea de copia es falsa, ya que, por encima de las competencias lingüísticas de los copistas, muchos de ellos actuaban por encargo de los propios eruditos bizantinos (el caso de Aretas de Cesarea, al que debemos uno de los primeros ejemplares de Platón). Y en el periodo final, los copistas eran los propios eruditos. Esta simple circunstancia, demuestra una gran implicación de la intelectualidad bizantina en la copia y estudio de los clásicos (base del sistema educativo). ¿Es posible que, como sugiere R.A., esa efervescencia no se plasmase en una literatura clasicista pujante? Es más ¿es posible que la única literatura que produjesen los bizantinos según R.A. sea la escrita en lengua vernacular, como la novela (sobre todo la paleóloga) o lo que él llama "literatura de evasión"? ¿No sería un poco absurdo que los bizantinos estudiaran los modelos clásicos para escribir en lengua vulgar?

En realidad, aquí se mezclan varias cosas fruto de la confusión de conceptos y cronología. En primer lugar, el interés de R.A. por las fábulas esópicas y su transmisión posterior (en las que sí ha acreditado con sus trabajos conocimiento directo de los textos bizantinos) le ha hecho interesarse por la literatura popular, a la que dedica un interés preferente en este capítulo sobre la literatura bizantina. De hecho el *Digenís Acritas*, la gran épica bizantina, centra su atención, junto con otros poemas en tradición de verso político, como los famosos poemas *Ptocoprodrómicos*. Pero esta literatura en lengua vulgar, que en su exposición aparece magnificada, es marginal dentro del producción literaria bizantina, quizás no represente, en volumen, ni

siquiera un 1% del total de textos transmitidos. Es más, de hecho apenas existe constancia escrita de ella antes del siglo XII, cuando la dinastía Comnena considera *fashionable* recoger por escrito tradiciones orales y poesía en griego vernáculo. Sorprendentemente R.A. convierte esta producción vernacular en central y afirma que el *Digenís* es "la obra que generalmente se considera inicio de la propia literatura bizantina» (cf. tb. p. 516: «el verdadero comienzo de la literatura bizantina, el *Digenís*») y la data del siglo IX y X, y ello en dos ocasiones (pp. 515 y 518). Es más, en la segunda ocasión llega incluso a decir que el héroe de la obra, Digenís, fue «honrado con el título de patricio por Basilio I» y sitúa el *terminus post quem* de su nacimiento en el año 867.

De nuevo encontramos aquí errores, concretamente dos, de planteamiento. Por empezar por el primero: Digenís no es un personaje histórico, sino de ficción, y el propio R.A. enumera su lucha contra dragones y amazonas. Por lo tanto, no vivió en época alguna, por más que el poema del siglo XII que glosa sus hazañas se inspire ocasionalmente, como todas las tradiciones orales, en algún hecho histórico anterior que algún especialista ha relacionado con ecos de sucesos del siglo IX. Pero R.A. sitúa el poema en la misma línea historicista que el *Poema del Mío Cid*, poema también de frontera, pero en el que apenas esperaríamos ver luchas con dragones que se metamorfosean o hechos extraordinarios: R.A no parece distinguir el fondo popular y folclórico del *Digenís* de las tradiciones épicas occidentales.

Más grave es el segundo error, que es el que aquí más nos interesa: no ha habido nunca nadie que sitúe el comienzo de la literatura bizantina en el *Digenís*, ni siquiera admitiendo que la obra se compusiera en el siglo IX, algo que tampoco nadie sostiene. El *Digenís* es el comienzo, si acaso, de la literatura en griego vernáculo que algunos consideran precedente de la literatura griega moderna. Se trata, a mi entender, de un procedimiento disociativo poco adecuado, ya que los mismos autores que escribían en griego vernáculo

escribían en griego clásico, como Teodoro Pródromo, autor de una gramática de griego clásico y probable autor de los poemas ptocoprodrómicos. Pero, en cualquier caso, ¿es posible que R.A. esté confundiendo ambas literaturas, la bizantina y la griega moderna? En efecto, R.A., que es además lingüista, parece considerar propiamente bizantino únicamente lo que se escribe en el llamado griego bizantino o medieval, el griego vernáculo. La consecuencia de esto lleva a un cierto absurdo, que, por poner un paralelo, sería como el decir que la literatura medieval italiana empieza con la *Divina Comedia* de Dante, compuesta en los primeros años del siglo XIV, y ello porque esta obra está redactada en italiano, una lengua vernácula, y no en latín.

¿Qué hacer entonces con el 99% de la producción literaria bizantina, no escrita en lengua vernácula? Se trata de la literatura escrita en griego clásico, la que sigue los modelos clásicos que a R.A. le debían interesar para su «río de la literatura». R.A., de ser consecuente, debería ignorar está producción, ya que considera literatura "bizantina" a la escrita en griego vulgar. Pero en su exposición no ignora algunos nombres y autores de literatura clasicista, que mezcla y combina con la literatura en griego vulgar, sin que el lector, que asiste a un confuso vaivén de siglos y conceptos, sepa muy bien de qué se está hablando realmente, ya que, por poner un ejemplo, en pp. 516-517 se habla del renacimiento literario de Bizancio en el siglo IX y se vincula con el *Digenís* (!), mientras que luego en p. 520 se menciona a Focio y a Aretas, como representantes de la «literatura teológica» (?) de ese periodo. Y de hecho habla de la «literatura bizantina posterior» al *Digenís* (pp. 520-522), empezando por la literatura «hasta la conquista franca en 1004». Aparte del lapsus de fecha (¡la correcta es 1204!), que se repite dos veces más y en el índice de la obra, la literatura que trata no sólo es la posterior al siglo IX en el que él data el *Digenís* (¡que es del XII!), sino incluso anterior a él, ya que cita obras de historiografía

de los siglos VI-VII. La secuencia cronológica final es pues difícilmente comprensible.

Pero volviendo al argumento: sin observar contradicción con su visión de la literatura bizantina como producción en lengua vulgar, R.A. habla también de poesía, historia y épica en griego clásico como géneros de la literatura bizantina, aunque todos ellos se cultiven siglos antes del *Digenís*. Y aquí, de nuevo, se acumulan los errores. Entre los autores del siglo VI, menciona la prosa de Pablo Silenciario, que sólo escribió en verso (p. 514); habla de los «relatos de Jorge Pisides» como historiador, cuando éste es un poeta épico de largo aliento (p. 521), dice que Procopio escribió una *Descripción de Santa Sofía* que es en realidad parte de su libro *De los edificios,* que él presenta a su vez como una obra diferente que trata «de la belleza de Constantinopla», cuando en realidad detalla las construcciones de Justiniano por todo el imperio (p. 516); habla de la *Crónica* de Prisco como contemporánea de Malalas (siglo VI), cuando la obra es una historia clasicista del siglo V (p. 516). Más adelante, al referirse a autores más tardíos (p. 520), menciona a Juan Cameniates (principios del siglo X) como autor de una obra histórica sobre los emperadores macedonios y lo sitúa tras Juan Skilitzes, aunque es casi dos siglos anterior a este último y compuso un relato de su cautiverio tras la toma de Salónica por los árabes; luego señala que Zonaras (siglo XII) es anterior a Kekaumeno (siglo XI); o menciona a *Nicéforo* Coniat*as* como continuador de la obra de Ana Comnena, confundiendo tal vez a Nicetas Coniates con Nicéforo Brieno al que ha citado antes – aunque el hecho de que considera que Eustacio de Salónica continúa la obra de Coniat*as* nos hace dudar, ya que Eustacio es sin duda anterior a Coniates (el error se puede explicar porque R.A. sitúa la obra de Coniat*as* en 1155, año en realidad de su nacimiento, y por lo tanto 30 años antes del 1185 en el que tuvo lugar la toma de Salónica que relata Eustacio). En resumen, el listado de referencias apenas contiene un dato

exacto y va más allá de los inevitables errores ocasionales que se dan en obras generalistas y de divulgación.

Sin embargo, a pesar del conocimiento indirecto de los autores bizantinos que revela este listado imperfecto, R.A. no ahorra juicios categóricos sobre la literatura clasicista bizantina. No es la parcialidad de los mismos la que nos interesa aquí (cada cual con sus gustos literarios), sino la circunstancia de que no concuerdan con los hechos conocidos por los especialistas. Veamos, sin ser exhaustivo, algunos juicios de R.A. sobre los géneros literarios clasicistas.

Sobre poesía escribe, por ejemplo, que en Bizancio «no encontramos una lírica comparable a la de otros pueblos indoeuropeos arcaicos» (p. 520). Esta línea, que es lo único que R.A. considera digno de mención sobre poesía en Bizancio, es correcta si se asume en su literalidad, porque al no ser los bizantinos un pueblo indoeuropeo arcaico, no pudieron escribir nada comparable a los Vedas o a Homero. No obstante, si valoramos sin más la producción poética clasicista en Bizancio (dejemos ahora la tradición popular del *Digenís*), nos podemos encontrar no sólo con la *Antología Griega*, la mayor antología poética de toda la historia europea, que comprende epigramas desde los propios orígenes del griego literario hasta el siglo X (y por lo tanto muchos bizantinos), sino con centenares, miles, de epigramas inscritos y copiados por toda la geografía bizantina y que Wolfram Hörandner y Andreas Rhoby (Viena) llevan editando con sus soportes desde hace años. Por no hablar de poemarios tan fascinantes como los de Jorge Geometres (siglo X) o Cristóbal de Mitilene (siglo XI), poemas épicos como la *Captura de Creta* de Teodosio Diácono (siglo XI), una producción satírica muy variada y una poesía didáctica con miles y miles de versos. Basta leer a Marc Lauxtermann (Oxford) y su libro *Byzantine poetry from Pisides to Geometres* para darse cuenta de que la poesía permea toda la sociedad bizantina.

Por el contrario, R.A. reconoce que «Bizancio alcanzó una gran altura en el relato historiográfico» (p. 520) y sitúa su auge en la dinastía de los Comnenos, probablemente por la *Alexíada* de Ana Comnena que considera «la obra más relevante de toda la literatura bizantina». De hecho, como vimos, es casi la única obra a la que se refiere sin errores. El juicio de R.A. es ahora compartido por algunos estudiosos de la literatura bizantina, y de hecho la cadena ininterrumpida de relatos históricos durante todo el milenio bizantino constituye uno de los monumentos literarios más imperecederos que nos ha dejado Bizancio y que provocó, por ejemplo, la impresionante labor editorial del *Corpus de París* impreso bajo los auspicios de Luis XIV. R.A. no menciona a Miguel Ataliates, Jorge Paquimeres o Juan Cantacuceno que son más importantes "historiadores" que Skilitzes o Zonaras. Pero sobre todo, no fundamenta su aserto con ninguna referencia al análisis de las técnicas narrativas de los bizantinos, a los procedimientos con los que estos sortearon la censura y, sobre todo, a lo que debería ser objeto de su atención: la μίμησις o imitación (muchas veces subversiva e innovadora) de los modelos clásicos por los bizantinos. Por citar el caso de Ana Comnena: el escribir un relato historiográfico con lenguaje homérico es un *tour de force* que nadie hasta entonces había practicado, pero que revela ese gusto barroco por la transgresión de géneros que tan bien caracteriza la literatura bizantina y que tan difícil es de apreciar en traducciones. Algo que afecta también a nuestros idolatrados clásicos españoles del siglo de Oro, un Góngora o un Quevedo que apenas nadie aprecia fuera de nuestras fronteras. El juicio de R.A., en este caso positivo, da aires de objetividad a su relato y sirve tan solo para dar peso a su valoración final, ya mencionada, de que los bizantinos no se interesaron por la literatura. De hecho, R.A. parece ignorar el propio renacimiento cultural paleólogo (el segundo "boom" de la literatura bizantina), pues considera que, aparte de algunos poemas populares, «poco más hay antes de la toma de

Constantinopla en 1453». Y añade: «la actividad literaria tendía a desplazarse a Creta», algo que es correcto (y solo en parte) para el periodo posbizantino y, pero en absoluto para el anterior a 1453.

No hay más géneros literarios para R.A. Se refiere a una «literatura teológica y erudita» en referencia a Focio y Aretas, pero no menciona siquiera la *Biblioteca* del primero, que es la primera colección de reseñas críticas de la literatura europea y está en la base del canon de la literatura griega. Ignora la tradición epistolográfica bizantina (practicada también por Focio), que nos ha transmitido decenas de miles de cartas que abordan todos los géneros y donde con frecuencia podemos encontrar breves ensayos de hermosa factura (paralelo: las epístolas a Lucilio de Séneca). Ignora la tradición hagiográfica, que es no sólo panegírica, sino literatura de evasión al mismo nivel de la Novela, con muchas vidas fantásticas de bizantinos que son más viajeros (¡o locos!) que santos. Ignora también la producción oratoria, inconmensurable y poliédrica, que desborda las categorías clásicas, como los encomios absurdos de Pselo, los *Miscellanea* de Teodoro Metoquites, el diálogo de los ricos y los pobres de Alexios Macrembolites, los espejos de príncipes etc. etc. Y, finalmente, convierte la "novela bizantina" en una especie de copia y traducción mecánica de modelos franceses (¿por qué no se la llama entonces "novela francesa"?), centrándose en las obras del periodo paleólogo (siglo XIV), e ignorando las del periodo comneno (siglo XII), en primer lugar el *Rodante y Dosicles* de Teodoro Pródromo. Leyendo las páginas de R.A. uno tiene la impresión de que la literatura bizantina se reduce a un puñado de obras, básicamente religiosas, algunas historias y la literatura vulgar. La realidad, es mucho más compleja, como decimos y el volumen del legado escrito bizantino que ha llegado hasta nosotros es, por su extensión (no juzgamos, por supuesto, la calidad), por supuesto muy superior al clásico e incluso también al de la literatura griega de época imperial.

Sobre los datos escuetamente presentados R.A. realiza un juicio profundamente negativo para la literatura bizantina. Frente a Occidente que creó «sistemas de pensamiento individualistas y más humanistas que religiosos», Bizancio cultivó «una prosa en una lengua artificial, con una cultura carente de Humanismo, prácticamente estática, sometida al enorme influjo de las lenguas occidentales, el francés sobre todo, también el veneciano, principalmente en la novela» (p. 514). De nuevo R.A. confunde planos, porque esta influencia del francés y el italiano se produjo en el griego hablado de las áreas balcánicas a partir de 1204, no antes (y la novela comnena es del siglo XII) y además, sobre la literatura popular, minoritariamente representada en nuestros textos. Pero, curiosamente, mientras esta emergencia de las lenguas nacionales y la diversidad es bien vista para Occidente, aparece considerada como una especie de lacra para Oriente, en la medida en que se desvía de los modelos clásicos. La paradoja es aún mayor cuando se exige al Bizancio medieval un humanismo que en Europa arranca de Boccaccio y Petrarca, a mediados del siglo XIV, cuando Bizancio agota su ciclo histórico, al tiempo que se ignora la helenización de la corte Otónida en el siglo X, bajo el influjo bizantino, o la clara superioridad cultural bizantina sobre Occidente hasta la época de las cruzadas. Y se obvia que el humanismo italiano sólo se puede entender, como decíamos, por el aporte de los emigrados bizantinos. No habría habido retórica moderna sin Jorge de Trebisonda, ni platonismo ni aristotelismo sin Jorge Gemisto Pletón y Besarión: no solo llevaron los libros a Occidente, sino que enseñaron el griego y su literatura, tal como la entendían ellos. Por ello todos los helenistas europeos del XV y el XVI tuvieron una visión de la literatura griega muy similar a la bizantina y en sus bibliotecas había decenas de libros impresos de autores bizantinos que estudiaban y anotaban, y, desde luego, conocían mucho mejor que muchos modernos

helenistas, que han tendido a ignorar toda literatura griega impregnada de cristianismo.

La interpretación de la literatura bizantina va además pareja con similares juicios históricos sobre la civilización y el estado que de algún modo la refrendan y que no es posible ya comentar aquí con detalle. Baste aquí señalar que mientras R.A. señala que «las naciones neolatinas se mantuvieron siempre en expansión y… se expandieron allende los mares» (obviamente tras 1492), Bizancio vivió «siempre… replegado en sus fronteras» (p. 515). Se desconoce aparentemente la expansión militar de época macedonia (867-1025), cuando la influencia bizantina iba desde Siria a Cerdeña (por cierto, que los sardos escribieron su dialecto con el alfabeto griego ya en el siglo X), pero sobre todo no se tiene en cuenta la enorme influencia que el modelo cultural bizantino tuvo más allá de las fronteras del Imperio, y eso en la época final que R.A. califica de «decadencia humillante»: desde Aksum hasta Kiev y desde Edessa hasta Palermo, el modelo bizantino siguió presente.

No es la primera vez que R.A. se ha acercado a Bizancio, pero el enfoque no varía del hecho en otros libros o estudios suyos anteriores. Así, el capitulo dedicado a Bizancio en la *Historia de la lengua griega* del autor, al que R.A. remite en la nota 1 para mayor información sobre la lengua bizantina, está lleno de errores del mismo tenor de los que hemos venido desgranando en estas páginas. Es por ello que R.A. no debería haber dejado de mencionar, además de su propia obra, el libro de Geoffrey Horrocks, *Greek, a history of the language and its speakers*, que contiene una visión exacta, precisa y documentada de la historia de la lengua bizantina, de hecho es la obra de referencia al respecto. Desgraciadamente no contamos con una historia de la literatura bizantina en inglés que pueda servir al interesado como guía para orientarse en el proceloso mar de la literatura bizantina, donde la mayoría de los textos carecen de traducciones y comentarios (las obras de referencia de Karl Krumbacher y

Herbert Hunger están en alemán, aunque hay traducciones al griego moderno: quizás por ello R.A. no las cita en su nota 3 pensando en el gran público, aunque las referencias alternativas que da son mucho menos pertinentes). Eso hace la aproximación a ellos compleja y difícil. Y convierte también en difícil la labor de emitir juicios generales. Con todo, estas dificultades no deben sino estimular a un estudio más equilibrado y profundo del legado bizantino, diferente del que realiza R.A. en este pequeño capítulo. La literatura y la cultura europea no se entienden hoy sin Bizancio. Tampoco el Islam, dicho sea de paso. Sólo hay que rastrear su huella.

2

La guardia de "jenízaros" catalanes del emperador bizantino (segunda mitad s. XIV – primera mitad s. XV)

por Raúl Estangüi Gómez

El funcionario patriarcal Silvestre Sirópulo deja constancia, en sus *Memorias*, de una disputa entre el emperador Juan VIII Paleólogo (1425-1448) y el patriarca José II (1416-1439), relativa a la pensión que este último debía recibir durante su estancia en Italia. Ambos iban a asistir a las sesiones del Concilio de Ferrara-Florencia (1438-1439), donde debía proclamarse la Unión de las Iglesias griega y romana. Según Sirópulo, el patriarca se quejaba de que su pensión no era suficiente para sufragar su séquito, por lo que – a través de un intermediario – preguntó al emperador: «¿Si tú no has renunciado a tus

ianitzaroi, por qué debería yo viajar sin mi séquito?»[3] Sirópulo vuelve a mencionar estos *ianitzaroi*, o *gianitzaroi*, en otros lugares de su crónica, durante la estancia del emperador en Ferrara y en Florencia. De estos pasajes de la crónica de Sirópulo se deduce que los *ianitzaroi* del emperador bizantino eran un reducido cuerpo de soldados de élite que ocupaba el rango más bajo dentro de la guardia imperial.[4]

Es indudable que la palabra griega *ianitzaros* es de origen extranjero y que recuerda al término "jenízaro", que designa un tipo de soldado de élite del ejército otomano (*yeniçeri* = 'tropa nueva'). Los jenízaros turcos eran prisioneros de origen no musulmán (generalmente griegos), capturados siendo niños y entrenados para servir como guardia personal del sultán. También eran designados por el término *kapu kulları*, es decir 'esclavos de la Puerta'. La captura de niños griegos para servir en el ejército otomano (denominada en turco *devşirme*) está documentada desde finales del siglo XIV.[5] Los jenízaros desempeñaron un papel importante en la toma de Constantinopla en 1453 y adquirirían un gran protagonismo político en los siglos sucesivos, hasta la

---

[3] SILVESTRE SYROPOULOS, *Les «Mémoires» du Grand Ecclésiarque de l'Église de Constantinople Sylvestre Syropoulos sur le concile de Florence (1438-1439)*, ed. V. LAURENT, Roma 1971, p. 192.

[4] *Ibid*., p. 296 y 404. Sirópulo dice que durante su estancia en Ferrara, el emperador se instaló en un convento situado a seis millas de la ciudad junto a algunos arcontes, soldados (*stratiôtai*) y sus jenízaros. De este pasaje, se deduce pues que los jenízaros formaban un cuerpo a parte de los soldados ordinarios.

[5] A.C. HERO, "The First Byzantine Eyewitness Account of the Ottoman Institution of *Devşirme*: The Homily of Isidore of Thessalonique Concerning the «Seizure of the Children»", en *Τὸ Ἑλληνικόν. Studies in Honor of Speros Vryonis Jr.*, vol. I, ed. J.S. LANGDON *et alii*, New Rochelle 1993, pp. 135-143. Sobre el *devşirme* en general: B.D. PAPOULIA, *Ursprung und Wesen der «Knabenlese» im osmanischen Reich*, Múnich 1963, y V.L. MÉNAGE, "Some Notes on the Devshirme", *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 29 (1966) 64-78.

disolución del cuerpo en el siglo XIX.[6] ¿Supone esto que el emperador bizantino, en el siglo XV, disponía también de un regimiento de guerreros de origen cristiano pero adiestrados por los otomanos (y convertidos al Islam) para servir en su guardia personal?

El enigma de los "jenízaros bizantinos" fue estudiado por Elisabeth Zachariadou en un artículo que publicó en 1982.[7] La autora piensa que los "janissaires" del emperador bizantino nada tenían que ver con los jenízaros otomanos, puesto que es improbable que los bizantinos hayan enrolado en sus filas soldados de origen griego convertidos al Islam, y que por tanto la palabra *ianitzaros* no viene del turco. Habiendo descartado las lenguas eslavas y el latín, Zachariadou propone una hipótesis interesante: los bizantinos habrían tomado prestado este término de una lengua romance… del catalán *genetari* o *ginetari*, que en castellano traducimos por 'jinete'.[8]

Zachariadou explica que el término militar *genetari* designa la caballería ligera de los reinos cristianos de la Península Ibérica que adopta las formas de combate de los bereberes. El nombre *genetari* provendría de una de sus tribus, la Zanata (o Zeneta).[9] Según la autora, la palabra *genetia* o *a la geneta* significa

---

[6] Sobre los jenízaros en el Imperio otomano, ver de forma general, D. NICOLLE y Ch. HOOK, *The Janissaries*, Londres-Auckland-Melbourne 1995.

[7] E. ZACHARIADOU, "Les «janissaires» de l'empereur byzantin", en *Studi turcologica memoriae Alexii Bombaci dicata*, ed. A. GALLOTTA y U. MARAZZI, Nápoles 1982, p. 591-597 (reimpreso en E. ZACHARIADOU, *Romania and the Turks [c. 1300-c. 1500]*, Londres 1985 [Variorum Reprints], nº XI).

[8] Curiosamente, el Diccionario de la RAE dice sobre el término jenízaro: "del it. *giannizzero*, y este del turco *yeni çeri*, tropa nueva".

[9] También conocidos como iznaten, estos diferentes vocablos servían para designar un grupo de tribus bereberes que constituía una de las grandes confederaciones musulmanas del Norte de África, junto a los Masmuda y los Sanhaya. Los zenatas eran inicialmente nómadas que habitaban las llanuras del Magreb y que luego formaron varios reinos en torno a las ciudades de Fezzán, Yermá, Tiemcen, Fez y Kairuán. Los zenatas tuvieron cierta importancia política en la historia de Al-Andalus hasta el siglo XIII: F. GAZULLA, "Las compañías de zenetes en el reino de Aragón (1284-1291)", *Boletín de la*

'ligeramente armado' y el término aislado *geneta* o *gineta* sirve para designar un tipo de lanza corta utilizada en la caballería ligera. Para ser más precisos, convendría decir que los *genets* o jinetes eran tropas a caballo en las que el soldado montaba "a la morisca" (o *a la gineta*), es decir con una silla de bridas cortas y arzón bajo,[10] y estaba armado simplemente con una jabalina (que sería más tarde conocida en Europa con el nombre de *lanza jineta*), una espada y un escudo.



Este tipo de caballería ligera, que surge gracias a los contactos entre los reinos cristianos y musulmanes de la Península, se diferenciaba mucho de la caballería tradicional europea, que llevaba armadura pesada. La más famosa representación que conservamos de este tipo de tropas de caballería ligera está en uno de los célebres tapices que decoran la Sala de las Batallas del monasterio de El Escorial (recientemente restaurada). El tapiz, elaborado a partir de una pintura de Fabrizio Castello de 1589 (cuya fuente es a su vez una pintura del siglo XV que se encontraba en el Alcázar de Sevilla), recrea la batalla de la Higueruela (1 de julio de 1431), en la que la caballería castellana

---

Real Academia de la Historia 90 (1927) 174-196; J. MONTOYA MARTÍNEZ, "Una primera documentación «Genetes=Zenetes» ignorada", *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos* 27-28 (1978-1979) 215-221.

[10] Las bridas cortas permiten una forma de estribo que no pasa por debajo de la barriga del caballo.

del rey Juan II, dirigida por el condestable Álvaro de Luna, derrotó a las tropas del emir de Granada Muhammed IX.



El primer contacto de los bizantinos con este tipo de tropas debió de producirse con la llegada de la Compañía Catalana, contratada por el emperador Andrónico II Paleólogo (1282-1328) para luchar contra los turcos en Asia Menor a principios del siglo XIV.[11] Sabemos que además de los almogávares, que eran un tipo de infantería ligera que servía de tropas de

[11] M.C. BARTUSIS, *The Late Byzantine Army. Arms and Society, 1204-1453*, Filadelfia 1992, pp. 284-285.

choque, la Compañía estaba formada por una caballería pesada, *cavall armat*, y por una caballería ligera, *cavall alforrat,*[12] término, este último, que es sinónimo de *genet* o *ginet*. Se trataba de nuevos tipos de tropas que habían revolucionado el modo de hacer la guerra en la Península, y en Europa en general, durante el siglo XIII.[13]

Zachariadou llama la atención sobre un pasaje de la crónica de Jorge Paquimeres que dice que algunos de estos soldados no siguieron en la Compañía y prefirieron entrar al servicio del emperador (1307):

> «Otro de ellos, el hermano de Fernán d'Aunés, que había sido nombrado doméstico *tôn scholôn* y que era también almogávar, se unió al emperador con cincuenta hombres; el emperador lo recibió y hizo los honores, a él y a sus hombres, de manera adecuada.»[14]

Nuevos contingentes de soldados catalanes entraron en el ejército bizantino durante el reinado del emperador Juan VI Cantacuzeno (1347-1354), después de la batalla llamada del Bósforo (1352), en la cual fue derrotada la coalición formada por bizantinos, venecianos y catalanes contra los genoveses. Gregoras cuenta que el emperador reclutó a 500 soldados catalanes que habían escapado a la batalla y que vagaban como mendigos por

---

[12] R. MUNTANER, *L'Expedició dels Catalans a Orient*, éd. Ll. N. D'OLWER, Barcelona 1926, p. 39. Para más información sobre la caballería aragonesa, ver la tesis inédita de J. SÁIZ SERRANO, *Caballería y nobleza en la Corona de Aragón. La caballería en los ejércitos del rey (siglos XIV-XV)*, Valencia 2003 (disponible en internet).

[13] Ph. CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona 1984, pp. 90 y 164-165. No se trata de abordar aquí el tema de la revolución militar del trescientos, pero conviene decir que en esta época cambian las tácticas militares: por ejemplo, la acción coordinada de hombres de infantería y tiradores (esencialmente arqueros que acudían al combate montados a caballo). En este sentido, los ejércitos ingleses fueron los que más innovaron, como demuestra su victoria aplastante contra los franceses en Crecy (1345).

[14] JORGE PAQUIMERES, *Relations historiques*, ed. y trad. A. FAILLER, Paris 1999 (CFHB 24/4), p. 699$^{11\text{-}14}$.

Constantinopla; los acogió, los alimentó y los hizo su guardia personal[15]. Debido a su fidelidad, Cantacuzeno eligió a cien de estos soldados catalanes para que lo protegiesen durante el asalto final a Constantinopla por el emperador Juan V (1354).[16]

La guardia catalana del emperador bizantino sobreviviría pues a la caída de Cantacuzeno, ya que seguiría existiendo en la primera mitad del siglo XV. Es difícil decir si los *ianitzaroi* del emperador Juan VIII eran también de origen catalán o simplemente eran soldados que habían sido adiestrados para luchar como caballería ligera (y que habrían simplemente conservado el nombre). Sea como fuere, estos "jenízaros" bizantinos se distinguían del resto de soldados por su forma de luchar y por su equipamiento.

No nos queda tan claro, sin embargo, si el término turco jenízaro (*yeniçeri*) tendría también su origen en la palabra catalana (a través, seguramente, de su adaptación griega). Zachariadou piensa que sí, puesto que a mediados del siglo XIV, cuando todavía no existía el cuerpo de jenízaros turcos, había *ianitzaroi* en la guardia personal del emperador bizantino. Sin embargo, otros autores no están de acuerdo con ella y reivindican el origen turco del nombre *yeniçeri*.[17] Sea cual sea la etimología de la palabra, los parecidos entre ambas tropas son evidentes: en los primeros años de existencia, los jenízaros otomanos también formaban parte de la guardia

---

15 NICÉFORO GRÉGORAS, *Nicephori Gregorae byzantina historia*, ed. L. SCHOPEN, t 3., Bonn 1855(CSHB 19), p. 151$^{17-23}$; traducción al alemán en J.-L. VAN DIETEN, *Nikephoros Gregoras / Rhomäische Geschichte*, t. 5, Stuttgart 2003 (Bibliothek der griechischen Literatur 59), p. 129.

16 GRÉGORAS, *op. cit.*, p. 242$^{13-15}$ (= VAN DIETEN, *op. cit.*, p. 185). Sobre el rol de los catalanes durante el reinado de Juan VI, ver mi artículo en el Boletín de la SEB nº 12 (abril 2012): "Joan de Peralta: un catalán encargado de la restauración de Santa Sofía y gobernador de Constantinopla durante el reinado de Juan VI Cantacuzeno (1347-1354)".

17 P. FODOR, "Ottoman Warfare 1300-1453", en *The Cambridge History of Turkey*, vol. I, *Byzantium to Turkey 1071-1453*, ed. K. FLEET, Cambridge 2009, p. 192-226 (p. 206).

personal del soberano,[18] y estaban armados con un arco, una espada, un escudo y una cota de malla ligera, aunque con el tiempo la variedad de armas aumentaría (ballestas, lanzas, alabardas, hachas…).[19] En cualquier caso se trataba, como los *ianitzaroi*, de tropas equipadas con armas y armadura ligeras, no con corazas, y servían de tropas de choque, a la vez que de guardaespaldas del soberano. Una herencia del modo de combatir de los soldados de la Península Ibérica en tiempos de la "Reconquista" que había llegado a esta parte del Mediterráneo gracias a la presencia catalana en Bizancio durante el siglo XIV.

3

BESARIÓN EN ROMA

por Inmaculada Pérez Martín

¿Qué móviles guiaban en sus decisiones a una persona como Besarión, dotada de una inteligencia y energía inmensas, pero habitante de una ciudad estrangulada y agonizante como Constantinopla? Sin duda, la vivencia de los últimos años en este país asfixiante y asfixiado que es España nos ayuda a ponernos en su lugar. Si en el contexto intelectualmente brillante y progresista de la Italia del siglo XV, la extraordinaria biografía del Cardenal Besarión resulta menos llamativa, en el caso de un bizantino nacido en el último año del siglo XIV, cuyo primer tercio de vida es definitivamente convencional, ese recorrido vital tiene un atractivo del que resulta difícil escapar.

En nuestro conocimiento, una vez cerrado el conflicto iconoclasta, que guió hasta Roma los pasos de ilustres exiliados, ningún bizantino se instaló

---

[18] Solo más tarde cuando el número de jenízaros aumentó, se seleccionaron aquellos que formarían parte de la guardia personal del sultán (*solak*).

[19] NICOLLE – HOOK, *op. cit.*, pp. 20-21.

por un cierto tiempo en la Ciudad eterna hasta que Manuel Crisoloras lo hiciera entre 1411 y 1413. Otro conflicto, el de la conquista otomana, había hecho ver al emperador Manuel II el interés de que su representante y amigo se incorporara a la corte papal y recabara ayuda en defensa de la cristiandad oriental. Tal era el objetivo de la composición de la *Comparación de la vieja y la nueva Roma* de Crisoloras, formalmente una carta a Manuel, pero en el fondo un texto escrito para que sus discípulos italianos lo leyeran y tradujeran al latín, aportando así a la causa la difusión de una obra en la que las "biografías paralelas" de Roma y Constantinopla servían para llamar la atención sobre los peligros que corría la Cristiandad oriental.

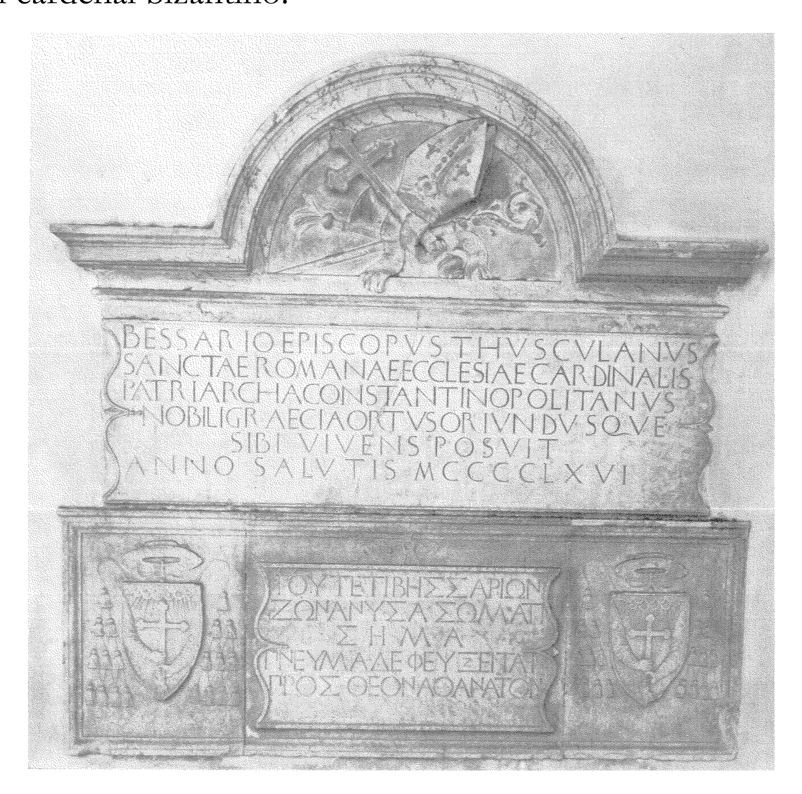
Dos decenios más tarde, el fin perseguido seguía siendo recabar ayuda contra los turcos, pero la relación de Besarión con Roma llegó a ser mucho más prolongada e intensa que la de Crisoloras. Si bien éste aprendió latín en Constantinopla y se movió en círculos unionistas, nunca se convirtió al Catolicismo. Besarión, por el contrario, acudió al Concilio de Ferrara-Florencia como obispo ortodoxo y salió de él prácticamente con el nombramiento de cardenal en el bolsillo.[20] A partir de aquel momento, Roma fue la ciudad en la que desarrolló la mayor parte de su actividad, su residencia principal desde 1443, excepto en 1450-55 (cuando fue gobernador de Bolonia) y durante los largos meses en que se encontraba en misión diplomática. En los dos frentes que marcaron la labor de Besarión (más intensa la intelectual cuando la coyuntura política no permitía avances en los proyectos de cruzada), sus objetivos eran defender los intereses de las comunidades griegas del sur de Italia, preservar el legado griego en un ambicioso diseño librario y promover la defensa de la población griega en Oriente. Como no podía ser menos, actividad diplomática y labor intelectual iban de la mano y algunas iniciativas

[20] *Bessarione di Nicea, Orazione dogmatica sull'Unione dei Greci e dei Latini,* trad. ital. de G. LUISINI, con un saggio di A. RIGO, Nápoles 2001.

literarias tenían una carga de profundidad política: es el caso de la traducción en 1470 de la *Olintíaca* I de Demóstenes, cuyo llamamiento a sus conciudadanos a hacer frente a sus responsabilidades y reconocer la gravedad de la amenaza de Filipo de Macedonia es actualizado por la traducción de Besarión al helenismo amenazado por los turcos.

La iglesia de los Santos Apóstoles

Aunque la delegación griega del Concilio de Ferrara-Florencia volvió a Constantinopla en 1439, no había transcurrido mucho tiempo cuando el papa nombró cardenal a quien había sido el gran artífice de la sumisión de la Iglesia ortodoxa. Tras reclamar su presencia en Italia, el 8 de enero de 1440, Eugenio IV otorgó a Besarión (*in absentia*) el título de la Basílica de los Santos XII Apóstoles, que siguió ostentando hasta su muerte en 1472. Es en esta iglesia, cercana al Foro de Trajano, donde Besarión proyectó su tumba y donde sigue enterrado el cardenal bizantino.



La lápida proyectada por Besarión, hoy en el claustro de los Santos Apóstoles

El cardenal residía en un edificio contiguo, a la derecha de la basílica, construido por él hacia 1460, del que al parecer hoy en día sólo son signos visibles los emblemas en las bóvedas de arista que forman parte del Palazzo Colonna, en la parte del complejo que ahora alberga el Archivo Colonna.[21]



Los Santos Apóstoles en la actualidad

La residencia de Santos Apóstoles fue, por lo tanto, la sede principal de su actividad. En ella reunió la espléndida biblioteca que después legaría a Venecia y en la que, el 26 de junio de 1468, un notario inventariaba 482 manuscritos griegos y 264 latinos.[22] No todos los códices bizantinos de cierta antigüedad fueron llevados por Besarión desde Constantinopla. Al parecer, en Italia adquirió valiosos manuscritos que llevaban siglos allí,[23] además de los que eran custodiados por los monasterios meridionales y que consideró necesario añadir a su colección. Sabemos que fue en Santos Apóstoles donde

[21] P. TOMEI, "Di due palazzi romani del Rinascimento", *Rivista del Reale Istituto d'Archeologia e Storia dell'Arte* 6 (1937) 130-144 (131).

[22] El número de volúmenes siguió aumentando hasta la muerte de Besarión y el traslado a Venecia en 1472. Cf. L. LABOWSKY, *Bessarion's library and the Biblioteca Marciana. Six early inventories,* Roma 1979.

[23] L. LABOWSKY, "Cardinal Bessarion's Precious Manuscript of Euclid", *JÖB* 28 (1979) 129-139.

Besarión copió el Marc. gr. 533 (una colección de sus obras) o el Marc. lat. 171.[24]



Medallón e inscripción sobre la tumba de Besarión en los Santos Apóstoles

En la residencia cardenalicia se desarrollarían asimismo las tertulias o sesiones de trabajo de lo que se ha dado en llamar Academia, el círculo erudito en torno a Besarión que se afanaba en la producción de traducciones latinas de textos griegos y en el que se discutían cuestiones de teología, filosofía y literatura y se colaboraba en la búsqueda de códices, la transcripción de textos y su traducción. En palabras de Bartolomé Platina: *Frequentabant tunc quoque eius domum, plenam religione, comitate et gratia, plenam ingeniis, tum graecis, tum latinis, viri ex tota Curia doctissimi.*[25] De la "Accademia Bessarionis" eran miembros habituales, por parte italiana, Platina, Pomponio Leto, Flavio Biondo o Francesco della Rovere; por parte griega, Teodoro Gaza (en Roma, 1450-55) y Jorge Trapezuntio (en Roma, 1443-1451). En este escogido círculo, Besarión

[24] R. LOENERTZ, "Pour la biographie du cardinal Bessarion", *OCP* 10 (1944) 116-149.

[25] *PG*, 161, CVII. Cf. L. MOHLER, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann. Funde und Forschungen,* Paderborn 1923, pp. 324-335.

era «*inter Graecos latinissimus, inter Latinos graecissimus*.» En los Santos Apóstoles residiría también su protegido el profesor cretense Miguel Apostolis, a quien Besarión escribe a Roma desde Bolonia hacia 1454 con instrucciones sobre sus libros. Entre los servicios pagados por Besarión a Apostolis estaba que éste promoviera la obediencia papal entre los habitantes griegos de Creta.



Marc. gr. 441, exlibris de Besarión como cardenal de Túsculo: τόπος νς' Λιβανίου ἐπιστολαί. κτῆμα Βησσαριῶνος καρδηνάλεως τοῦ τῶν Τούσκλων:-

Por su importancia para la cultura griega del sur de Italia, hemos de mencionar aquí algunas iniciativas de Besarión relativas a los monasterios basilianos. En 1446, el cardenal convocaba a los abades de los monasterios griegos de Sicilia, Calabria y Aulia y poco después constituía el Capítulo general de la orden de S. Basilio, equiparando con ello la organización del monacato griego al de una orden monástica católica. No parece que Besarión visitara en persona el Mezzogiorno, pero por iniciativa suya en 1457-58 Atanasio Calceópulo visitó 79 comunidades monásticas griegas, dejando testimonio de su estado de abandono y decadencia en un informe conocido como *Liber visitationis,* conservado en Grottaferrata.[26]

[26] M.-H. LAURENT-A. GUILLOU, *Le Liber visitationis d'Athanase Chalkéopoulos, 1457-1458. Contribution à l'histoire du monachisme grec en Italie méridionale,* Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 1960.



Encuadernación con el monograma de los Paleólogos: Cryptoferratensis gr. 161

La relación del cardenal con Grottaferrata fue sin duda estrecha, como correspondía a la encomienda papal recibida en 1462 y a la proximidad de la fundación de S. Nilo –situada a 20 kms. al sudeste de Roma, no muy lejos de Frascati. El cardenal reorganizó la economía de la abadía, aseguró sus derechos y restauró las instalaciones, enriqueciendo la capilla con objetos litúrgicos, en especial un cáliz de plata dorada con patena con la inscripción *Bessarion Episc(opus) Nicenus,* que por lo tanto debió de ser fabricado antes de la conversión al catolicismo de Besarión. Varios códices conservados en la abadía criptense le habían pertenecido, pero entre ellos destaca el Cryptoferratensis gr. 161, con obras de Manuel II Paleólogo, que conserva la

encuadernación original con el monograma de la familia imperial en hilo de plata sobre seda.[27]

La "casina del Bessarione"

Al sur de Roma, al borde de la antigua Via Appia antica (hoy en día via di Porta S. Sebastiano, apenas a 5 kms. de Piazza Venezia), en las proximidades de las termas de Caracalla, se encuentra una villa rústica renacentista conocida como Casina del Cardinale Bessarione.[28] Aunque está *entro le mure* de Roma, su función era la de residencia de verano y en ella Besarión se acomodaría a una práctica muy común entre los prelados de la curia vaticana: la *villeggiatura*, es decir, el traslado de la residencia, durante los meses de más calor del año, a los alrededores de Roma, en especial, a los Colli Romani.



Panoramica de la Casina del Bessarione

La Casina, localizada en un paraje de cierta altura, lleno de vegetación y aireado, pertenecía a la diócesis de Túsculo, de la que Besarión fue titular de

---

[27] A. ROCCHI, *Codices Cryptenses seu Abbatiae Cryptae Ferratae in Tusculano digesti et illustrati,* Tusculum 1883, 499-502; G. FIACCADORI (ed.), *Bessarione e l'Umanesimo, Catalogo della mostra,* Nápoles 1994, 385, nº 5.

[28] D. BIOLCHI, *La casina del Cardinale Bessarione,* Roma 1954, que no hemos podido consultar.

1449 a 1468. La vinculación de la villa a Besarión se basa en este hecho y en algunos documentos de 1455 que atestiguan que poseía una viña en la zona.

El lugar ya estaba habitado en época imperial y en la Edad Media se ha demostrado su vinculación a la Iglesia de S. Cesareo, de la que constituía una dependencia destinada a albergue y, posteriormente, a convento benedictino.



Muro sobre la Via Appia, con ventanas en cruz güelfa (s. XV)

Es entonces (o durante el mandato de su sucesor, Battista Zeno) cuando la villa se amplía con la loggia o galería porticada del piso superior, que es el rasgo arquitectónico más sobresaliente de la villa.[29] Los frescos de sus paredes parecen, sin embargo, ser obra del Cinquecento. Restaurada en 1951-63, 1983

[29] Las fotos incluidas fueron realizadas el 12 de mayo de 2013 por Carmen García Bueno. Doy las gracias tanto a ella como a Paula Caballero por la disponibilidad a visitar el lugar y dejar constancia de ello. En la web se puede encontrar más información en: http://www.medioevo.roma.it

http://www.sovraintendenzaroma.it/i_luoghi/roma_medioevale_e_moderna/beni_architettonici/la_casina_del_cardinal_bessarione



Galería porticada del piso superior

Besarión murió en 1472 en el curso de uno de sus innumerables viajes diplomáticos, pero fue enterrado en los Santos Apóstoles de Roma. En 1468 había dispuesto en su testamento que su biblioteca fuera trasladada a Venecia, donde no tendría que competir en fama con la Biblioteca papal y no donde no correría el riesgo de ser asimilada por ésta.

Si se nos permite expresar una interpretación quizá tendenciosa, pero seguramente con algo de verdad en ella, diremos que un bizantino con la cultura y la sensibilidad de Besarión debía de reconocer en Roma sus raíces y podía reencontrarse allí con la vivacidad de la Bizancio de épocas pasadas y con el helenismo asimilado por la civilización romana. Para los papas, el cardenal griego sería un peón de sus intereses en Oriente (uno de gran nivel, pero una pieza más al fin y al cabo en el gran tablero de ajedrez del Mediterráneo oriental).[30] Para Besarión, formar parte de la Iglesia católica y vivir en Roma fueron sin duda la oportunidad de poner sus dotes intelectuales y diplomáticas al servicio del helenismo y de Bizancio, mucho más de lo que le ofrecía su patria.

[30] C.M. RICHARDSON, *Reclaiming Rome: Cardinals in the Fifteenth Century,* Leiden 2009.

4

BIBLIOGRAFÍA

ANDREOU, Sokratis, *Naturaleza y opinión según San Máximo el Confesor,* trad. al español por Panagiota PAPADOPOULOU y Encarnación MOTOS GUIRAO, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas 2012, ISBN 978-84-95905-08-6, 120 S.

CASAS OLEA, Matilde, "Los amuletos en corteza de abedul como fuente sobre la magia cristiana bizantinoeslava", *MHNH. Revista internacional de investigación sobre magia y astrología antiguas* 11 (2011) 273-284.

DURAN I DUELT, Daniel, "Bernat Fuster va participar en la marxa de Constantinoble de l'emperadriu Sofia de Monferrato (1426)? A propòsit d'un document mallorquí", in Josefina MUTGÉ I VIVES, Roser SALICRÚ I LLUCH, Carles VELA I AULESA (eds.), *La corona catalanoaragonesa, l'Islam i el món Mediterrani. Estudis d'història medieval en homenatge a la dra. Maria Teresa Ferrer i Mallol*, Barcelona, CSIC, 2013, pp. 227-234. – Una sentencia arbirtral del año 1427 conservada en los archivos de Mallorca menciona la participación del patrón Bernat Fuster en el transporte de la emperatriz Sofía de Pera a Quíos.

EBIED, Rifaat, "Dionysius Bar Ṣalībī's works in the Mingana Collection of Syriac and Arabic manuscripts, with special emphasis on his Polemical Treatise *Against the Muslims*", *Collectanea Christiana Orientalia* 8 (2011) 49-64 – Dionisio era un obispo sirio en Germanikeia y Amida en el siglo XII.

ESQUERRÀ NONELL, Josep, *Spania (552-624): límite de la ecúmene,* Kragujevac, FILUM 2013, ISBN 978-86-85991-45-5.

FERNÁNDEZ DELGADO, Aitor – MARTÍNEZ JIMÉNEZ, J. y TEJERIZO GARCÍA, C., "Old and New Elites in the Visigothic Kingdom (AD 550-650)",

en MARTÍNEZ JIMÉNEZ, J. y VAN DER WILT, E. (eds.), *Tough Times: The Archaeology of Crisis and Recovery Proceedings of the Graduate Archaeology at Oxford conferences in 2010 and 2011,* BAR-Archeopress, Oxford 2013, pp. 161-170.

HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, David – GARCÍA, Juan Carlos, *El esplendor de Bizancio*, Barcelona, RBA - National Geographic, 2013, 160 S., con ca. 150 mapas e ilustraciones en color ISBN 978-84-473-7610-0 – Una primera aproximación a Bizancio para estudiantes y futuros especialistas.

MARCOS HIERRO, Ernest, *La dama de Bizanci. Un enigma en la nissaga de Jaume I*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la UB, 2013 – Un estudio sobre la historia de Eudocia Comnena, que, como indica el autor, fue un "humilde peón en el tablero diplomático" del Mediterráneo de fines del siglo XII. Véase http://www.publicacions.ub.edu/ficha.aspx?cod=07737.

MARCOS HIERRO, Ernest, "El tema del traidor y del héroe: Miguel VIII Paleólogo y Roger de Flor en la literatura catalana contemporánea", en: Olga OMATOS SÁEZ, Javier ALONSO ALDAMA, Idoia MAMOLAR SÁNCHEZ (eds.), *Culturas hispánicas y mundo griego. IV Congreso de Neohelenistas de Iberoamérica, Sociedad Española de Estudios Neogriegos*, Vitoria/Gasteiz-Granada, 2012, pp. 411-419.

MARCOS HIERRO, Ernest, "La Grècia medieval en els cronistas catalans", en: Josep Antoni CLUA, Flocel SABATÉ (eds.), *Usos i tradició de les literatures clàssiques a les literatures medievals,* Lleida, Pagès Editors, 2013, pp. 135-153.

MONFERRER-SALA, Juan Pedro, "Un caso de castración tras una embajada ante Mu'āwiya y la cuestión de la fuente documental de Maḥbūb de Mabbūg", *Studia historica. Historia medieval* 30 (2012) 157-173 – Un pasaje de la Crónica de Teófanes sobre la usurpación del estratego Saborio durante el reinado de Constante II es comparado con otras fuentes siriacas sobre el

suceso.

PÉREZ IBÁÑEZ, María Jesús – ORTEGA VILLARO, Begoña, "António Luís y sus traducciones de textos no médicos", *Myrtia* 27 (2012) 259-280 – Las primeras traducciones de las alegorías Pselo *in Tantalum, in Sphingem* y *Ekphrasis sive Allegoria*.

PÉREZ MARTÍN, Inmaculada, "The Escorial Akathistos: the last manuscript illuminated in Constantinople", *Italia Medioevale e Umanistica,* 52 (2011 [2013]) 227-262. Estudio del contexto histórico en el que fue copiado e iluminado el Escorial R.I.19 y la relación con su antígrafo, el Mosq. Synod. gr. 429.

PÉREZ MARTÍN, Inmaculada, "Un livre d'heures grec illustré: Escorial X.IV.16", en Christian GASTGEBER, Charis MESSIS, Dan Ioan MURESAN y Filippo RONCONI (eds.), *Pour l'amour de Byzance. Hommage à Paolo Odorico* (Eastern and Central European Studies 3), Frankfurt am Main, Peter Lang 2013, pp. 175-190 – Análisis de un libro de horas de El Escorial, copiado en la segunda mitad del siglo XV, con particular atención a la Visión de San Pacomio.

PRIETO DOMÍNGUEZ, Óscar, "On the founder of the Skripou Church: literary trends in the milieu of Photius", *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 53.1 (2013) 166-191.

SAURA ZORRILLA, Domingo, "Los *eulogia* de San Menas y las representaciones de Horus en las estelas mágicas: coincidencias y disidencias iconográficas. Puesta a punto de un viejo debate", *Collectanea Christiana Orientalia* 8 (2011) 165-185. ISSN 1697-2104 – Las representaciones de san Menas entre camellos en las *ampullae* de su santuario egipcio en los siglos V-VI no deben nada a la iconografía de las estelas de Horus.

SIGNES CODOÑER, Juan, "Dead or alive? Manuel the Armenian's (after)life after 838", en Christian GASTGEBER, Charis MESSIS, Dan Ioan MURESAN y Filippo RONCONI (eds.), *Pour l'amour de Byzance. Hommage à Paolo Odorico* (*Eastern and Central European Studies* 3), Frankfurt am Main, Peter Lang 2013, pp. 231-242 – Sobre las actividades de Manuel el Armenio durante el reinado de Miguel III y si son ficción o realidad.

SOTO CHICA, José, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a la conquista árabe*, *565-642*, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas 2013. ISBN 978-84-95905-40-6. 424 S.

TORRES PRIETO, Juana, *Ars persuadendi. Estrategias retóricas en la polémica entre paganos y cristianos al final de la Antigüedad,* Santander, Ediciones Universidad de Cantabria 2013. ISBN 9788481026726.

VALLEJO GIRVÉS, Margarita, "La epigrafía latina y la propaganda política bizantina en el Mediterráneo Occidental durante el siglo VI", *Veleia* 29 (2012) 71-82.

5

REFORMA DE LOS ESTATUTOS DE LA AIEB (ASSOCIATION INTERNATIONALE DES ÉTUDES BYZANTINES)

Los próximos 20-22 de septiembre de 2013 tendrá lugar en Atenas una Asamblea extraordinaria de la AIEB en la que se someterá a discusión y votación una reforma de los Estatutos. El objetivo fundamental de la reforma es clarificar los procedimientos que regulan la toma de decisiones. La Junta directiva de la SEB, que estará representada en Atenas por la presidenta Inmaculada Pérez Martín, se ha pronunciado unánimemente en favor de los cambios propuestos por el Bureau de la AIEB.

Entre los cambios propuestos, destaquemos:

- la elección de suplentes para el presidente, secretario y tesorero contemporáneamente a la elección de éstos y a propuesta de ellos.
- requerimiento de que titulares y suplentes de los cargos creados pertenezcan a comités nacionales diferentes.
- durante la Asamblea, las votaciones relativas a personas podrán realizarse mediante voto secreto y no a mano alzada.
- las decisiones relativas a los cargos y el lugar de celebración de los congresos internacionales de la AIEB se tomarán sólo si se cumplen determinadas condiciones, en especial, que se haya informado con la suficiente antelación y que haya tenido lugar una discusión adecuada.